

CRISIS DE LAS IDENTIDADES POSMODERNAS Y LA BÚSQUEDA DE LA
COLECTIVIDAD EN EL ESPACIO.

DUBAN ÁLVAREZ CABRALES

Trabajo de grado presentado como requisito para optar al título de Filósofo

Asesor

JORGE NIEVES OVIEDO

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE FILOSOFÍA

2014

CRISIS DE LAS IDENTIDADES POSMODERNAS Y LA BÚSQUEDA DE LA
COLECTIVIDAD EN EL ESPACIO.

DUBAN ÁLVAREZ CABRALES

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS
PROGRAMA DE FILOSOFÍA

2014

Agradecimientos:

*A mi familia, que constituye el pilar de mi
vida y aquellos que poco a poco se han
hecho un lugar en ella; especialmente
Kelly Julio Sumosa, Jorge Nieves Oviedo y
Natanael García Ayala.*

...

“El viento se levanta”

Hayao Miyazaki.

Contenido.

Resumen.....	5
Prefacio.....	6
1. Consideraciones en torno a la identidad.....	9
2. Posmodernidad, cultura e identidades.....	14
3. Medios, globalización y cultura.....	21
4. Crisis de las identidades posmodernas.....	26
5. Colectividad.....	32
6. Consideraciones en torno al espacio.....	37
7. Espacio, identidad y colectividad.....	42
Conclusión.....	46
Lista de referencias.....	48

Resumen:

La pérdida de las identidades colectivas -que por desgracia, parecen emerger sólo en la lucha con otros estados en la forma de nacionalismos extremos o chauvinismos- y la fracturación de la esfera social para dar cabida a un multiculturalismo, han generado una crisis en la posmodernidad, donde la integridad de la sociedad está amenazada por las constantes luchas “desde” las diferencias entre las identidades, en una búsqueda egoísta de poder hegemónico.

Para la resolución de dicho conflicto se requiere la creación de un “algo” que nos cobije en un ideal de “un nosotros”, sin incurrir en un conflicto con “un ellos”. ¿Es posible hablar de una identidad colectiva en una sociedad culturalmente fragmentada, sin caer en discursos chauvinistas?

Palabras Claves:

Identidades, Modernidad, Posmodernidad, Multiculturalismo, Fragmentación, Cultura, Crisis, Globalización, Medios De Comunicación, Colectividad, Espacio, Sociedad, Territorio.

Prefacio.

El comienzo del siglo XX, estuvo marcado por eventos que dejaron huellas imborrables en la memoria de la humanidad. Las dos guerras consecutivas, la crisis económica, la caída y nacimiento de nuevas naciones e ideologías, entre otros, fueron sucesos que acarrearón consecuencias contraproducentes al proyecto de ilustración de finales del siglo XIX.

La razón y entendimiento como guías para la formación de sociedades más justas y racionales, lejos de los dogmas que tenían opacado al mundo durante los siglos anteriores, se habían desviado, al servicio de los discursos de dominación y odio para devolvernos a los oscuros senderos de los que se pretendía huir. La humanidad con hambre de conocimiento, progreso y deseos de libertad e igualdad, se desdibujaba hasta llegar a los primeros trazos de su naturaleza salvaje y animal, adoptando posturas extremistas cargadas de violencia, xenofobia e intolerancia; todo bajo una aparente racionalidad. La razón como guía se había convertido entonces en un medio para infligir dolor y sufrimiento. Muchos debieron morir luego para percatarse que había que poner fin a la barbarie, uniendo a los gobiernos para luchar contra los señalados “Corruptores de la humanidad” -siendo que todos fueron partícipes de ella- culminando “heroicamente” otro sangriento capítulo de esta tragedia.

Lo que siguió del siglo XX, fueron no sólo intentos por reordenar las sociedades devastadas por los rezagos de la guerra, sino también el repensar las categorías, imaginarios y conceptos, cuya empleo u omisión llevaron a estos vergonzosos sucesos. Una época de grandes cambios y generaciones con deseos de un futuro mejor, mediante la corrección y prevención de los errores previamente cometidos. Si algo había quedado claro de este

oscuro periodo era el protagonismo que tenían el racismo, el chauvinismo y la intolerancia en la consolidación del odio para con los otros, prácticas que atentan contra los ideales de una sociedad justa y equilibrada, que empezarían a ser combatidas desde las ciencias humanas a través del estudio y reconocimiento del sujeto y su estrecha relación con el otro. Propiciando el análisis de las culturas e identidades, no sólo hegemónicas, sino también de las históricamente marginadas, suprimidas y de aquellas que empezaban a surgir de las diferentes transformaciones que se estaban dando en el aparato social. Lo cual proporcionó –contiguamente- las bases discursivas para la creación de políticas de reconocimiento, inclusión y reparación de víctimas, y aún más importante, instaurando las cimientos para una mejor sociedad multicultural.

Pero a su vez -y como veremos más adelante- puso en jaque la visión de la identidad colectiva homogénea. La idea de la identidad nacional, que coligaba a diferentes individuos de una misma sociedad bajo los principios de nación y estado, quedaba de lado por efecto de la apertura de los mercados y el libre intercambio de la información, para dar campo a sociedades híbridas y multifacéticas, diferentes esferas identitarias en una constante fragmentación, que si bien sirvieron para realizar una mejor organización de las sociedades y la construcción de políticas más equitativas, también permitieron la creación de nuevas fronteras de odio y exclusión.

Hoy -cuando ya ha transcurrido más de una década del nuevo siglo- los efectos de la intolerancia y las fobias aún siguen latentes en las sociedades, como una enfermedad recurrente o un mal congénito que se posa como una sombra sobre la humanidad. La realidad de las grandes urbes no es ajena al desamparo y la desesperación de la guerra que abandonó en gran medida las trincheras para anidar en las calles en evolucionadas formas

de repudio y violencia. Los actos de barbarie y salvajismo que se intentaron mermar en la modernidad, mediante la formulación de nuevos discursos y conceptos, encontraron en las nuevas formas de distinción e identificación, bases desde las cuales proliferar la aversión a los otros, separando aún más la ya fragmentada sociedad multicultural.

En lo que sigue de este escrito, primeramente, analizaremos cómo las diversas formas de identificación dadas en el desarrollo de la modernidad y la pérdida de la idea de colectividad, propiciaron la fragmentación de la sociedad en diferentes esferas culturales y la manera en que esta segmentación desmesurada, contribuye a la situación de violencia e intolerancia que acongoja a las sociedades posmodernas. Y seguido examinaremos el concepto de espacio, como un lugar desde el cual subsanar las brechas que se acrecientan entre las identidades fragmentadas. El espacio ha sido dotado de ciertas características - Especialmente por la física mecánica y la filosofía basada en ella- que lo han llevado a ser des-categorizado como elemento desde el cual pensar las identidades, dada su aparente naturaleza sólida, y homogenizante que en consecuencia choca con la pluralidad y versatilidad de las identidades. Sin embargo, el espacio está lejos de quedarse allí y está dotado de virtudes que lo hacen un terreno fértil para las transformaciones que la sociedad requiere.

1. Consideraciones en torno a la identidad.

“El concepto de ‘identidad’ tiene su origen en el vocablo latino ‘identitas’, cuya raíz es el término ‘ídem’, el cual significa ‘lo mismo’” (Solórzano y Rivera, 2009:141). Por mucho tiempo las grandes civilizaciones se valieron de este concepto para organizarse socialmente, mediante la apropiación y enseñanza de costumbres, creencias e imaginarios que permitieran coligar a los diferentes individuos de sus sociedades, con el propósito de subsistir y preservar su legado ante la amenaza de la naturaleza o de fuerzas externas a ellos.

La naturaleza y el salvajismo, representaban temores latentes de los que había que resguardarse de alguna manera y esta necesidad condicionó a la humanidad a que la mejor forma de protección era mediante la creación y organización de grupos que garantizara el bienestar de sus miembros:

Los hombres permanecían aún en los bosques tropicales o subtropicales y vivían [juntos], por lo menos parcialmente, en los arboles; ésta es la única explicación de que pudieran continuar existiendo entre grandes fieras salvajes. Los frutos, las nueces y las raíces servían de alimento; [pero] el principal progreso de esta época es la formación del lenguaje articulado.

(Engels, 1891:21)

Con la creación de los códigos lingüísticos nacerían las primeras culturas, que valiéndose del lenguaje como una herramienta, transmitirían a los suyos los conocimientos adquiridos de su relación con el mundo; un conocimiento exclusivo para los miembros de la comunidad. A partir de estos privilegios, el convivir se volvería una cuestión trascendental

a la hora de hablar de la supervivencia del individuo. Constituyendo a la identidad cultural como una de las primeras formas de arraigo que además, según Medina y Alsina (2006:3), permite en el hombre satisfacer la necesidad psicológica básica de inclusión o pertenencia a un sitio, protegiéndolo también del miedo a la soledad y al vacío existencial.

Así, pues, tuvieron origen los primeros modelos organizacionales o primeras formas de colectividad y con ellas las primeras sociedades y culturas, que con el trasegar de los años se hicieron más complejas y articuladas, pero todas comprometidas con la labor de preservar los imaginarios, hábitos y costumbres que daban sentido y hacían comprensible la visión que tenían del mundo, protegiéndolos de las amenazas externas. “Las culturas se consideraban universos cerrados, o bien, si llegaban a abrirse, se consideraban que perdían las características que las diferenciaban de otros, y serían por tanto vulnerables de sucumbir ante [ellas]” (Heller, 1988:39). Por esta razón, como señalan Medina y Alsina(2006: Óp. cite), se volvió una prioridad el situar al “otro” más allá de nuestras fronteras (físicas y emocionales), estableciendo estereotipos simplificadores, produciendo la íntima tranquilidad de un mundo ordenado.

Para mantener dicho orden y el ejercicio del poder, se instauraron y consolidaron las identidades hegemónicas que posicionadas en la cúspide de la jerarquía social, intentan controlar las transformaciones en el aparato social, a través de la estereotipación usada como medio para la manipulación y en el mayor de los casos de la explotación de identidades culturales subalternas y/o proscritas.

En las sociedades occidentales surge el Ser Humano-Masculino-Blanco-Heterosexual-Racional, como el paradigma de las identidades culturales hegemónicas, estableciendo

como inferiores todas aquellas identidades culturales –muchas de las cuales ni siquiera consideradas culturas hasta después- que se hallaran fuera de este esquema. Sin embargo, con el desarrollo de la modernidad, este modelo de identidades culturales dominantes, sería cuestionado por las minorías históricamente postergadas (Lorenzano, 2009:231), rompiendo barreras de exclusión tan antiguas como la humanidad misma; abriendo el espacio para la aparición de nuevas formas de participación política y abonando el terreno para la construcción de otros nodos identitarios, originando con ello las sociedades multiculturales modernas.

Uno de los primeros Movimientos en fracturar el modelo hegemónico de las sociedades fue el Movimiento Obrero, Según Heller (1988):

los movimientos tempranos de las clases trabajadoras y más adelante los sindicatos y los partidos políticos, independientemente de que abogaran de forma explícita por un programa político para la creación de una cultura específica de la clase trabajadora, todos sin embargo contribuyeron en gran medida a que surgiera esta cultura. (p.40)

El cual luchaba por el reconocimiento de la clase trabajadora, opacada por la frivolidad de la máquina y la explotación por parte de las grandes empresas. Como consecuencia de este Movimiento, la estructura de la sociedad se fracturó para dar cabida a la clase obrera, creando uno de los principales protagonistas en la lucha de clases.

La siguiente fractura se daría en el corazón mismo de la tradicionalidad y daría origen a uno de los patrones culturales más influyentes de este periodo. Como consecuencia de las guerras -que empañaron la historia en el periodo comprendido entre 1914 y 1945- la mujer, históricamente relegada a labores específicas del hogar o el cuidado de niños y enfermos,

empieza a ocupar lugares en la sociedad que antes no eran habituales. Las ciudades enviaban a sus hombres a la guerra, mientras las mujeres empezaron a ocupar sus puestos en las grandes fábricas y en las plazas de mercado, demostrando que eran igual de aptas que los hombres. Sin embargo, el reconocimiento por su trabajo no era igual que el de ellos, generándose así las primeras revueltas que dieron origen al Movimiento Feminista, el cual acabó con el empoderamiento de los hombres en la esfera social y luchó por la igualdad de género, logrando importantes cambios en la política y en la participación de la mujer en las organizaciones más importantes de las sociedades. Es por ello que para Heller (1988:49) esta revolución no es una contribución más a la red de culturas, sino que es la más importante de todas, puesto que la mujer –hasta ahora marginada y no reconocida- está próxima a reivindicar la mitad de la cultura tradicional de la humanidad, una revolución no sólo occidental, sino una línea divisoria en todas las culturas existentes hasta ahora.

Esta línea divisoria causaría gran impacto en otros movimientos que también luchaban por el reconocimiento y es así como toman fuerza los Movimientos LGHBT [Lesbianas-Gays-Homosexuales-Bisexuales-Transgéneros] quienes se identificaban como una minoría históricamente avasallada, tratados como enfermos y condenados a la privación de derechos fundamentales.

Para consolidarse como movimientos políticos, también fueron influenciados por las luchas en pro de los derechos civiles de las minorías raciales, que buscaban reivindicar sus legados culturales, históricamente oprimidos por una hegemonía blanca imperante desde tiempos de la colonia. Las negritudes y los indígenas, por ejemplo, quienes fueron subsumidos a identidades comunes -carentes de diferencias entre ellos- y estigmatizados para mantener el poder sobre ellos.

A partir de estos discursos de reivindicación, visibilización e integración, otros levantamientos tendrían cabida en la formación de las sociedades culturales modernas. En donde el sujeto, impregnado del espíritu de la modernidad, podía ser parte de grupos socialmente más complejos y más acordes a sus intereses. De acuerdo con Heller (1988:3) después de los movimientos que surgieron tras la segunda guerra mundial, la erosión de la red de culturas de clase se hizo visible e inequívocamente el relativismo cultural ganó ímpetu. Ahora el sujeto, históricamente sometido a la estructura social de clases, tenía la posibilidad de elegir libremente ciertas formas de vida y patrones culturales. Especialmente para la población joven que tuvo un papel activo en las revoluciones estudiantiles de 1968 y en movimientos culturales como el Hippie, Black Power, el existencialista, entre otros.

De esta manera aparece el multiculturalismo como un abanico de posibilidades de ser, donde el sujeto se hace poseedor de varias identidades culturales, permitiéndole nuevas formas de integración y participación social y política. Pero también nos conduciría a la crisis de las identidades culturales posmodernas, tras fragmentarse aún más con el auge de las políticas neoliberales y la apertura del mercado, así como la expansión de la globalización y boom de las tecnologías. En lo que sigue, veremos cómo los fenómenos, anteriormente mencionados, influyen el crecimiento del multiculturalismo, propiciando así la pérdida de las colectividades y los nodos sólidos identitarios.

2. Posmodernidad, cultura e identidades.

Las identidades nacen de la necesidad básica del hombre de pertenecer a un grupo que lo proteja de las amenazas que asechan hostilmente en la naturaleza. Como hemos mencionado, los modos de agruparse o las maneras como la sociedad se ha organizado a lo largo de los siglos, han ido mutando, dejando un legado de identidades repletas de tradiciones, costumbres e imaginarios.

Por mucho tiempo, el estudio de estas identidades se hizo mediante la búsqueda de orígenes o raíces que dieran sentido a dichos comportamientos. Bases dotadas de una aparente solidez, arraigadas en la territorialidad o en la temporalidad de las culturas, repletas de lo que Martín Barbero denomina “memorias simbólicamente densas” (2002:09). Construcciones lingüísticas fundadas sobre códigos y simbologías, voceras de una historia sólida, fáctica, comprobable que sirviera como base de creencias e imaginarios existentes hasta hoy.

Sin embargo, la idea de una historia sólida, como una totalidad unificadora sucumbiría con el auge de la corriente posmoderna, creando nuevos territorios desde los cuales pensar nuevas formas de cultura y por consiguiente, de identidades. La modernidad, fundada sobre la razón como verdad absoluta, formaba a los individuos a partir de un modelo ideal de ciudadano.

Mas en el posmodernismo, la verdad se fracturaría en miles de discursos desde los cuales cada sociedad fundamentó su historia, sus creencias y sus imaginarios, como consecuencia del fracaso del proyecto modernista.

Dicha modernidad, tenía como objetivo la emancipación del ser humano y quiso rebelarse contra el orden institucional (eclesiástico y supersticioso, sobre todo) y promover la libertad del individuo. Sin embargo, bajo la bandera de su lucha contra la tradición arbitraria, este proyecto terminó por someter al subjetivo a los deseos de la racionalidad triunfante, volviéndose ésta coercitiva y obstaculizante.

(Gutiérrez, 2007, p.04)

Por ello la posmodernidad se levanta como una respuesta pesimista y opuesta. Esther Diaz (como se citó en Lorenzano S., 2009) señala: “La modernidad, preñada de utopías, se dirigía hacia un futuro mejor. Nuestra época –desmantelada– se desembaraza de las utopías, reafirma el presente, rescata fragmentos del pasado y no se hace demasiadas ilusiones respecto del futuro” (p.230). Al reafirmar el presente, la posmodernidad abandona todo apego por el pasado y con ello hay una negación de la historia constituida como un todo, matando los grandes relatos de la modernidad. Dicha concepción tuvo gran acogida por la estética contemporánea, donde se manifestó mediante la exclusión de los discursos en las artes: conciertos sin música, pinturas por fuera de los marcos, cine sin historias, entre otras formas de expresividad. Pero en la cultura, la muerte de los grandes relatos exaltó los pequeños relatos, la fragmentación de la historia en pequeñas partes dotadas de un mayor sentido para sus portadores y permitió que aquellos históricamente marginados, gritaran por reconocimiento y entran en juego nuevos discursos y visiones del mundo, ocultos tras la opresión de una tradición hegemónica. Es aquí donde las historias olvidadas u omitidas, las tradiciones relegadas o proscritas y las nuevas creaciones culturales, tienen escena en la sociedad para repensar la comunidad y las dinámicas impuestas para ella.

Con la inclusión de estas nuevas formas de identificación en el aparato social, se dieron muchas transformaciones a nivel político, económico, cultural y social. Permitiendo la aparición de nuevas leyes, costumbres e imaginarios, antepuestas a una hegemonía tradicional y excluyente. Los procesos de reivindicación e inclusión volvieron a poner a la cultura de masas sobre el mapa, resignificando tradiciones históricamente ocultas o cambiadas.

La escolaridad y el conocimiento académico, que hasta ahora eran utilizados como tópicos para trazar la línea entre la alta cultura y la baja, quedan de lado para dar paso a lo popular, que se introduce en la sociedad, dando un giro más incluyente que terminaría por romper la burbuja social para dar cabida a nuevas percepciones del mundo y representaciones de la realidad.

A partir de este momento, las identidades dejan de ser pensadas como expresión de una sola cultura homogénea perfectamente distinguible y coherente (ibídem, 2002:10). Los modelos de sociedades basadas en una identidad nacional o colectiva, entran en conflicto con la naturaleza heterogénea de las mismas.

En palabras de Martín Barbero (2002):

Hoy las identidades nacionales son cada día más multilingüísticas y transterritoriales. Y se constituyen no sólo de las diferencias entre culturas desarrolladas separadamente sino mediante las desiguales apropiaciones y combinaciones que los diversos grupos hacen de elementos de distintas sociedades y de la suya propia. A la revalorización de lo local se añade el estallido de la, hasta hace poco unificada,

historia nacional por el reclamo que los movimientos étnicos, raciales, regionales, de género, hacen del derecho a su propia memoria. (p.10)

La posmodernidad se caracterizó por ser el espacio donde los discursos de algunas minorías históricamente oprimidas se reivindicaron. Sus victorias representaron la ruptura de la historia colectiva, dando cabida a nuevos protagonistas y orígenes, como resultado de la reconstrucción de estas memorias históricas. Así, muchos más individuos se agruparon tras ellas, conformando identidades nacionales, no producto de una historia homogénea, sino una plurifacética, contada por miles de voces.

De esta fragmentación de la historia, se desprende que cada individuo tuviera una mayor valoración de los relatos que daban sentido a sus creencias y con ello se da un auge de lo local; el valor de lo propio. Por otro lado, no sólo la historia local es la única en cobrar importancia, sino también la creación y resignificación de las códigos y conceptos, creando un sin número de lenguajes, que hicieron de las identidades un espacio multilingüístico, en donde el sujeto era poseedor de la libertad de escoger aquellos que fuesen más acorde a sus creencias.

A pesar de todo, esta tendencia a lo local no generó una actitud de total anclaje o arraigo, por el contrario, las sociedades se hicieron transterritoriales. Lugares prestos a la proliferación de distintas identidades, espacios donde el sujeto poseía la libertad de moverse y desarrollarse como ser social. Lo cual propició aún más los procesos de hibridación y sincretismos, creando nuevas formas de cultura y con ellas nuevas formas de identidad, miles de imaginarios y creencias, que como hebras coligan para crear verdaderos nudos identitarios, virando la forma en que eran vistas las identidades.

Hasta hace muy poco decir identidad era hablar de raíces, de raigambre, territorio, y de tiempo largo, de memoria simbólicamente densa. De eso y solamente de eso estaba hecha la identidad. Pero decir identidad hoy implica también –si no queremos condenarla al limbo de una tradición desconectada de las mutaciones perceptivas y expresivas del presente- hablar de redes, y de flujos, de migraciones y movilidades, de instantaneidad y desanclaje.

(Martín Barbero, 2002:09)

Los lazos que conectan las identidades impiden que ellas sean estudiadas por fuera de su contexto, el análisis de estas comienza a hacerse inmerso en las articulaciones, contradicciones, tensiones y antagonismos presentes en ellas, procurando no desligarla de los que Stuart Hall llama su “afuera constitutivo” (2007:18). Para él, las identidades se construyen dentro del discurso y no fuera de él, es por ello que las considera producidas por ámbitos históricos e institucionales específicos en el interior de formaciones y prácticas discursivas específicas, mediante estrategias enunciativas también específicas.

Para Hall, las identidades también se caracterizan porque estas se configuran en función de los vínculos que posee con otras. Esta relación con el Otro, con lo que ella no es, con lo que le falta o con lo que la diferencia, es la que hace de ellas justamente lo que son. Por ello resulta complicado hablar de identidades en singular, pues estas son tan variadas y variantes -tanto que aquellas que son imaginadas como estáticas y ancestrales continúan siendo objeto de diferentes transformaciones-, que inclusive un individuo es poseedor de múltiples de ellas; “identidades de un sujeto nacionalizado, de un sujeto sexuado, de un sujeto ‘engenerado’ (por lo de género), de un sujeto ‘engeneracionado’ (por lo de generación), entre otros haces de relaciones.” (Restrepo, 2012: 134)

Como vemos, con este cambio en la forma de ver las identidades, cobra vital importancia la figura del Otro. Para Foucault (como se citó en Leonel F., 2006) el reconocimiento del Otro es:

El reconocimiento de lo humano por lo humano, lo que nos constituye como seres éticos y morales, y todo reconocimiento implica reciprocidad aunque sea como virtualidad que se adelanta a la respuesta de el Otro (que puede ser quien me ignora, quien me rechaza, incluso, el que aún no ha nacido), para propiciarla y abrir el espacio de un encuentro cuyo cumplimiento asegure un proceso afectivo. (p.73)

Esto apunta a que el reconocimiento del Otro es primordial, dado que en la configuración misma de la sociedad el Otro tiene un rol, ya sea de aliado, refuerzo positivo para el crecimiento conjunto o de oposición, ayudando a la definición de las identidades mediante la negación de lo que no se es, una oposición a sus hábitos y costumbres que entran en conflicto para permitir el crecimiento mediante la crítica y la superación de disputas sociales. En términos de convivencia, el reconocimiento del otro permite una dilación del horizonte de significado, es decir que hay una mayor conceptualización o formas de ver una misma realidad. Lo cual, en teoría, garantizaría una mejor y más segura supervivencia de los individuos que conforman una sociedad.

Sin embargo, la globalización y la apertura de los mercados podrían fin a la posmodernidad, al retomar las prácticas totalizadoras y al establecer que en la historia ocurren sucesos universales que afectan -de alguna manera u otra- a las distintas comunidades. El atentado del 11 de septiembre de 2001 a las Torres Gemelas, sería el

episodio que marcaría el fin de la posmodernidad y el comienzo del expansionismo capitalista. Martín Barbero (2002) se refiere a este acontecimiento de la siguiente manera:

Empujadas al desenraizamiento cultural y la recesión económica por la implacable lógica de la globalización mercantil, muchas naciones padecen además, desde el negro martes 11 de septiembre, la más arcaica peste del miedo que fundamentaliza la seguridad convirtiendo todas las fronteras y las vías de comunicación -terrestres y aéreas, físicas y virtuales- en lugares de legitimación de la desconfianza como método y la violación de los derechos a la privacidad y la libertad civil como comportamiento oficial de las “autoridades”, con el consiguiente afianzamiento de los prejuicios raciales, los apartheid étnicos y los fanatismos religiosos. (p.03)

Así comienza el implacable imperio de la globalización y sus devastadoras consecuencias sobre el multiculturalismo. En el aparte siguiente veremos los orígenes de la globalización y cómo valiéndose de los medios de comunicación, logró posicionarse como la nueva lógica social y la influencia que tuvo esta sobre las identidades.

3. Medios, globalización y cultura.

La cultura es la acumulación de saberes que se transmite entre los miembros de una sociedad. En ella coliga no sólo creencias, sino también costumbres, imaginarios, tradiciones, lenguajes y conceptos para organizar y dar sentido a una comunidad. A partir de la apropiación de esta aparecen las identidades como interiorización de los códigos y demás categorías que componen la cultura. De allí que cualquier cambio en ella, afecta de manera directa la construcción y transformación de las identidades presentes en su medio, tal como aconteció tras los movimientos que afloraron en el siglo XX, que propiciaron el surgimiento de nuevas formas de identidad y nuevos modos de pensar las culturas y los procesos que concurren en ellas.

En consecuencia, se crean nuevos discursos sobre la importancia del Otro dentro de las culturas, ya que aporta elementos trascendentales que la enriquecen de múltiples maneras; siendo el mestizaje el mejor ejemplo de ello. Sin embargo, este proceso de cruce cultural, sería notablemente impactado con el auge de la globalización como forma de transnacionalización de la cultural, como advertía Ander-Egg (2005):

Todas las culturas son mestizas, pero el proceso de transnacionalización cultural de fines del siglo XX y comienzos del siglo XXI hará que el cruzamiento de culturas no sólo sea irreversible, sino más intenso que en todas las épocas pasadas, ya que los espacios de interculturalidad se han ampliado hasta llegar a un carácter planetario.
(p.147)

La globalización cultural, es entendida como el proceso mediante el cual las diferentes sociedades guardan estrechos vínculos, donde todos dependemos de todos

[interdependencia] y las distancias cada vez importan menos, por ende lo que suceda en cualquier lugar, puede tener consecuencias en cualquier otro lugar del mundo (Martín Barbero: 2002). Esta interdependencia entre distintas comunidades, data de las primeras vías de navegación que permitían el comercio entre diferentes civilizaciones, cobrando mayor fuerza con el descubrimiento de América en 1492 y la comprobación de las teorías Copernicanas, sobre la naturaleza esférica de la tierra. Eventos que incrementaron los viajes a tierras distantes y con ellos las relaciones con nuevas culturas; ratificando la hipótesis de que en la actualidad no existen culturas puras, todas han sucumbido al mestizaje en algún momento de su historia. Hoy, la globalización continúa siendo un proceso económico fundamentado sobre la creciente comunicación. Las vías de navegación fueron en su mayoría remplazadas por redes de conexión inalámbrica y satelital que siguen cumpliendo el objetivo de enlazar los distintos países.

A finales del siglo XX, las sociedades modernas sucumbían al temor de enfrentar una guerra nuclear, las grandes potencias emprendían una carrera armamentista donde la información se volvió el arma más importante. Como consecuencia, cuando la Unión Soviética cayó y terminó la guerra fría, la difusión del capitalismo como modelo económico quedó a merced de las nuevas tecnologías comunicacionales, haciendo que estas se propagaran rápidamente por el mundo. Mediante ella, sociedades históricamente distantes y cerradas se abrían a la integración a un mercado mundial, siendo partícipes de la gran aldea global, en donde prácticas culturales, costumbres, imaginarios, conceptos y códigos se mezclan para dar a luz a nuevas formas de mestizaje e hibridación.

En teoría la idea de globalización parecía provechosa. La aldea global representaba el ideal de una cultura unificada donde el conocimiento y los discursos son abiertamente

compartidos, para el beneficio colectivo de una sociedad progresista, ideológicamente incluyente y presta a responder de manera eficiente a las amenazas externas. No obstante, en un mundo donde todos quieren ser escuchados pero nadie escucha a nadie, la sociedad se fragmente día tras día en visiones cada vez más individualistas.

Lo compartido por hombres, mujeres y niños es un miedo, profundamente asentado, a lo desconocido, que se vuelve más amedrentador cuando tiene que ver con la base cotidiana de la vida personal: están aterrorizados por la soledad y la incertidumbre en una sociedad individualista y ferozmente competitiva.

(Touraine: como se citó en Martín Barbero, 2013:07)

¿Qué ocurrió? ¿Dónde quedó el sueño de una sociedad unificada? Una de las banderas que levantaba el discurso expansionista de la globalización y el libre mercado, era el acceso que todos tendrían a los nuevos canales de comunicación. El boom del internet en los noventa tuvo un efecto positivo en la circulación de las ideas, permitiendo a culturas geográficamente distantes el poder integrarse y aportar a lo que Ander-Egg (2005) denomina “el caldo de cultivo intelectual de lo que se ha dado en llamar ‘el pensamiento único’, expresión de la globalización uniformizante del capitalismo” (p.155).

Este es el punto crítico de la globalización, en ella los medios de comunicación desempeñan un papel fundamental, dado que regulan las elecciones de los individuos en la sociedad al reflejar los mismos contenidos en todo el mundo. Las sociedades comienzan así a asemejarse unas a otras, la ética, la gastronomía, la música, el entretenimiento, las costumbres, se aglomeran en un mismo modelo que parece imponerse como el único. Entretanto las nuevas tecnologías abastecen las sociedades con gadgets sin destino, a

disposición de infinidad de medios comunicacionales que nada comunican (Ander-Egg, 2005:154), llenos de contenidos manipulados por una hegemonía económica que ahora, gracias al neoliberalismo, no requieren de discursos de género, raza o sexualidad –entre otros- para establecer fronteras culturales, pues las condiciones socio-económicas, los fundamentalismos y las dinámicas de la mercadotecnia le permiten posicionarse en la cúspide de la jerarquía social, concentrando el mayor número de riquezas.

Mientras el resto de los individuos de la sociedad, se unen en una masa torpe con un afán desmedido de encontrar algo que los identifique, un grito desesperado por volver a sentirse miembros de una colectividad o grupo distinguible que se repite en un bullicio discursivo que al final, se presta sólo para la generación de enfrentamientos y choques culturales que los separan aún más del imaginario capitalista de unidad.

De esta manera, en las sociedades empieza un proceso de fragmentación en donde de las culturas e identidades existentes emergen nuevas formas, en contraposición de la homogenización que impone la globalización, como señala Touraine (como se citó en Martín Barbero, 2013):

La creciente globalización económica despertó fuerzas y formas de identidad cada vez más profundas, menos sociales y más culturales, que atañen a la lengua, a las relaciones del cuerpo, a la memoria. Hay un cambio total de perspectiva: se considera que el mundo moderno estaba unificado mientras que la sociedad tradicional estaba fragmentada; hoy por el contrario, la modernización parece llevarnos de lo homogéneo a lo heterogéneo. (p. 12)

Un multiculturalismo que se reproduce sin control, valiéndose de los medios globalizados, donde el Sujeto nace de las redes, flujos, relaciones e interconexiones que mantiene con otros Sujetos. Pensándose a sí mismo mediante la asimilación de fenómenos externos, como tendencias y líneas que ratifican la herencia de un posmodernismo que se niega a morir y sigue en su lucha contra la totalización.

Aquí comienza lo que llamaremos “crisis de las identidades posmodernas”. Una fragmentación desmedida de las identidades, que ocurre mientras los estados profesan una forma errada de colectividad para manipular a un pueblo que resentido atenta contra sí mismo, desencadenando un caos en la convivencia dentro de las sociedades. Problemática que desarrollaremos en el siguiente apartado.

4. Crisis de las identidades posmodernas.

Desde los comienzos de la humanidad como comunidad, la inclusión a una cultura o un determinado sistema de representaciones requería un compromiso -por parte del individuo- de asumir responsabilidades y obligaciones dentro del grupo que justificaran la obtención de los beneficios como seguridad y alimentación, adquiridos de manera conjunta. Como ya hemos mencionado, estas primeras formas de inserción las conocemos hoy día como identidades y permitieron que el hombre, como animal inferior dentro de la naturaleza, sobreviviera y se posicionara por encima de las demás criaturas, al organizar complejas estructuras sociales, herramientas lingüísticas y sistemas ideológicos.

Sin embargo, tal como hemos visto a lo largo de este escrito, hay en la cultura y las identidades una tendencia atomista. Las sociedades, antes integradas para el beneficio colectivo, se asemejan más a un caleidoscopio cultural, donde se mezclan distintos matices y visiones del mundo cada vez más particularizadas e individuales. En ella, el sujeto encuentra mayor sentido de pertenencia en una pluralidad segmentada y dispersa que en una totalidad integral, mientras se enfrasca en un vano hedonismo por satisfacer los placeres que la globalización en su fase neoliberal le impone.

La globalización como paradigma económico, intentó infructuosamente unificar los discursos identitarios, como hizo con la historia. Pues los movimientos culturales, aún impregnados del espíritu de la posmodernidad, reaccionaron reafirmando su propia cultura, como oposición a la imposición cultural, continuando con su labor de reconocimiento hasta crear un sinfín de nuevas y diferentes formas de identidad. Mas el proyecto expansionista de la globalización encontró otro método para someter a su orden las identidades,

valiéndose de su característica multicultural para su manipulación. Según Barbero (2013): “Lo que produce en su vertiente neoliberal la globalización es la desmoralización de la sociedad cuanto al sentido de comunidad para satisfacerla por un mundo en el que el mercado coopta el valor” (p.07)

A diferencia de tiempos pasados, el individuo posmoderno no posee una etiqueta identitaria concedida al nacer en función de su rango social, género o clan familiar. A lo largo de su vida, y con mayor y menor nivel de libertad, será el artista-artífice de sí mismo, incorporando modelos que la sociedad en la que vive le ofrece.

(Medina y Alsina, 2006: Óp. cite)

Y puesto que el mercado regula los fenómenos que se dan en la sociedad, determina -a través de los medios de comunicación- los modelos que los sujetos pueden asumir para la creación de sus identidades. Delegando un específico abanico de posibilidades, en donde se empiezan a establecer, internamente, una jerarquía que determina unas identidades más nucleares, que constituyen nodos fuertes de identificación y otras secundarias, socialmente relegadas, postergadas y en muchos casos evanescentes, dada su naturaleza pop, es decir, emergen como tendencias que posteriormente se diluyen en el olvido.

En este afán por preservar la pureza cultural y encontrar una posición cómoda en esta jerarquía, se han generado diversos choques que han permeado aún más las ya fracturadas identidades. Grupos que anteriormente actuaban de manera conjunta, para la defensa y protección de derechos, sucumben a la fragmentación para ganar posicionamiento. Dejando a un lado el sentido de lo colectivo que inicialmente los hizo fuertes, perdiendo toda

capacidad de convencimiento, en tanto al separarse, perdieron la riqueza plural que tenían sus discursos. Martín Barbero (2013) señala que:

Es al mismo tiempo que la identidad desata formas de aglutinación social fortísimas – en buena parte basadas en la falta de reconocimiento y las humillaciones a las que han sido sometidas históricamente ciertas minorías- y que la identidad individual se fragmenta y torna precaria. (p.08)

Sumado a esto los Estados han incurrido en prácticas neoliberales, delegando cuestiones primordiales como educación, transporte y salud a empresas de capital privado (Molero, 2011:43). Donde los usuarios o beneficiarios se convierten en clientes, sujetos a la oferta y la demanda de los servicios, dejando de lado a quienes no pueden acceder a tales, dirigiéndolos a los oscuros senderos de la muerte y la ignorancia. Como consecuencia las sociedades han quedado a merced de las hegemonías económicas que vuelven a reprimir las minorías, esta vez no desde la satanización de la cultura, sino desde fenómenos como la gentrificación, la subvaloración laboral y la imposición de conceptos e imaginarios mediante los canales comunicacionales.

Ante esta situación de abandono, por parte de los Estados, se crea una brecha que los separa peligrosamente de las sociedades. Estamos ante una sociedad estructuralmente fragmentada, en la que el divorcio entre estado y sociedad se hace cada día más fuerte y visible. Esta situación produce en la mayoría una situación de impotencia entre los individuos, o mejor, una mezcla de frustración, desconfianza social e impotencia política. (Martín Barbero, 2013:06).

Inmersos en esta situación, los individuos de las sociedades parecen cada día más inconformes e indignados, atentando contra el patrimonio colectivo en la forma de vandalismo e intolerancia. Animadversión que se alimenta en las nuevas formas de asociación, o modos de estar juntos, que han surgido en respuesta a la constante fragmentación de la cultura, la pérdida de los valores sociales y el resentimiento producto del abandono político.

Es en la ciudad, y en las culturas urbanas mucho más que en el espacio del Estado, donde se incardinan las nuevas identidades: hechas de imagerías nacionales, tradiciones locales y flujos de información transnacionales, y donde se configuran nuevos modos de representación y participación política, es decir nuevas modalidades de ciudadanía. Que es a donde apuntan los nuevos modos de estar juntos -pandillas juveniles, [barras bravas], comunidades pentecostales, ghettos sexuales- desde los que los habitantes de la ciudad responden a unos salvajes procesos de urbanización, emparentados sin embargo con los imaginarios de una modernidad identificada con la velocidad de los tráficos y la fragmentariedad de los lenguajes de la información. (Martín Barbero, 2002: 10)

Siendo los jóvenes los principales protagonistas o ejecutores de estos encuentros o modos de estar juntos, al encontrarse en medio de este bombardeo cultural. Convertidos, hoy día, en lo que Martín Barbero (2002) llama: indígenas de culturas densamente mestizas en los modos de hablar y de vestirse, en la música que hacen u oyen y en las grupalidades que conforman, incluyendo las que posibilita la tecnología informacional. Complejas formas de identidad, conformadas por multiplicidad de códigos, lenguajes y medios que si bien son

manipulados por las lógicas de mercado, también abren posibilidades de revelarse contra ellas desde las dinámicas y los usos sociales del arte y de la técnica.

De esta manera se compone el panorama de las identidades actuales, una vista borrasca, empañada por la preocupante situación de las identidades, que antes “cosían sus diferencias” –aludiendo a Stuart Hall- en la construcción de discursos colectivos, hoy prestas al fortalecimiento de resentimientos y usadas para trazar diferencias desde los cuales jerarquizar, discriminar, imponer y dominar. Como evidencia de ello, “los momentos de crisis de la modernidad en su fase globalizadora se han caracterizado por niveles de violencia, exclusión, marginación, sometimiento y dominación a territorios tan vastos como nunca antes se había visto en la historia”. (García, 2012a:101). A tal punto, que incluso han superado las víctimas de la segunda guerra mundial, con la ocurrencia de hechos que bien se pelearían el título del episodio más macabro de la humanidad, como el genocidio de Ruanda, los ataques con armas químicas y biológicas en el oriente medio o las brutales retaliaciones de bandas criminales al servicio de la droga.

Todo el trabajo intelectual posterior al holocausto, que advertía de la necesidad de abrirse a las fronteras culturales y el respeto, fracasó. Las sociedades no aprendieron de su pasado y se desangran en conflictos que ya no involucran sólo luchas entre Estados, sino que se ciernen y crecen desde el corazón mismo de las sociedades, movidos por rencores políticos, raciales, históricos, económicos, etc. Los actos de violencia e intolerancia son cada día más atroces. Conflictos como los de Siria, Afganistán, Argelia, Sudan, Kenia, Somalia, Libia y demás, demuestran como los odios raciales, la xenofobia y los chauvinismos dominan las sociedades, sumando cadáveres a la oscura fosa de la intolerancia. Eso sin sumar las víctimas por crímenes en las urbes: crímenes de género, que ya no sólo abarcan

mujeres sino también en gran medida, homosexuales. Vandalismo, que va desde la destrucción de la propiedad privada a la pública, incurriendo en prácticas de terror e intimidación. Pandillas, fenómeno que se esparce sin control sobre América, afectando exponencialmente a países como Honduras. Y la tenebrosa sombra que trae consigo el narcotráfico, que ha sumido a México en una de sus peores situaciones sociales.

Para autores como Bronisław Geremek (2002), esta condición de intolerancia, xenofobia o chauvinismo, no existe en los pueblos por naturaleza. Señala que en las muchedumbres movidas por el odio y la intolerancia es posible reconocer, sobre todo, gente cansada, inquieta, desesperada. Y contrario a lo que muchos piensan, esta intolerancia y odio no sólo pueden manifestarse en momentos de crisis, sino también que puede aparecer en épocas de prosperidad, pues reflejan la desesperanza, la inquietud por la identidad; una expresión de rechazo contra el mundo en que se vive (p.123).

Por ello las sociedades requieren con urgencia una visión del mundo que las integre como parte de una colectividad, donde sus diferencias sean aportes para el enriquecimiento cultural, que además permita conciliar en la disputa que libran el Estado y la sociedad. En el siguiente aparte veremos si es posible hablar de colectividad, respetando la naturaleza multicultural de las sociedades, es decir, sin incurrir en prácticas homogenizantes o cuarteantes.

5. Colectividad.

A lo largo de este artículo hemos registrado la importancia de la colectividad para el desarrollo de las sociedades, viendo cómo el sentido de comunidad llevó a la humanidad a abandonar las ramas para asentarse en urbes complejas, donde la naturaleza ya no nos amenaza de manera recurrente, porque como especie, hemos conquistado la cima de la cadena biológica y sólo desentrañamos tal temor por ella, ante catástrofes ambientales que aún escapan del ingenio humano. Pero también hemos visto como estas formas de agruparnos y estar juntos, han evolucionado fracturando las esferas sociales; para amenazar -desde la fragmentación desmedida- el sentido comunitario que nos hizo grandes.

Las sociedades atraviesan un proceso en el cual el comunitarismo ha sucumbido ante un individualismo egocéntrico, acentuado por la apertura de los mercados y la constante construcción de universos aislados, conectados en su gran mayoría por fatuos canales de comunicación. Por esta razón, es menester encontrar con urgencia nuevas maneras desde las cuales pensar la colectividad. Pero dicha pretensión engloba dificultades dada la forma como están constituidas las sociedades modernas.

Como ya hemos visto y como señalan Mercado y Hernández (2010):

El proceso de globalización ha generado, por un lado, nuevas identidades como resultado de la apertura de fronteras y por otro, la reivindicación de lo propio, por parte de ciertos grupos que se resisten a abandonar su cultura. Los Estados-nación enfrentan un gran desafío: la búsqueda de mecanismos a través de los cuales puedan convivir con esquemas simbólico-culturales diferentes y hasta contradictorios.

(p.230)

En este aparte presentaremos a la identidad colectiva como respuesta a esta problemática, desligando su significado de su concepción primera. Tradicionalmente, el concepto de colectividad asume la forma de nacionalismo y expresa una idea compleja que agrupa a los individuos de una sociedad a través de formas específicas de aglutinamiento, ya sea una historia compartida, un origen común, un sistema político, una religión, lengua, raza, etnia o nacionalidad, etc.

A diferencia de otras formas de identidad, ésta demanda un compromiso completo por parte del individuo, que se define perteneciente a ella para el goce de derechos exclusivos de la comunidad. La identidad nacional exige lealtad sin vacilaciones y una completa fidelidad que no reconoce competencia -en tanto cuestiona la existencia de otras identidades a un nivel de igualdad-, ni oposición a los lineamientos establecidos por el Estado, quien tiene el derecho de monopolio para trazar el límite entre el “nosotros” y el “ellos” (Bauman, como se citó en Medina y Alsina, 2006:14).

Esta idealización de la identidad colectiva como nacionalismo, se presenta de manera – aparentemente- natural y objetiva, como la única capaz de ofrecer seguridad, certeza y homogeneidad identitaria, incluso puede prestarse para la defensa de valores culturales y liberaciones de una comunidad. Pero como señalan Medina y Alsina (2006) también encierra una fuente de posible discriminación y exclusión, usada como mecanismo de manipulación política para acometer y justificar las acciones más despreciables (p.19).

Los nacionalismos, como señala Rachik (2006:07), tienden a filtrarse en todas las esferas de la vida social, con el objetivo de homogenizar, purificar y totalizar cuestiones como la lengua y la cultura, llegando a definir las actitudes y los comportamientos que deben

observarse en relación con los suyos y con los otros -sea respetarlo, despreciarlo, excomulgarlo o incluso exterminarlo-. Por esta razón, la colectividad pensada como nacionalidad, representa todo lo contrario al modelo que las sociedades requieren, pues no es suficiente para entender los nuevos fenómenos sociales, los cuales nos obligan a aceptar una cierta fragmentación de la realidad en visiones parciales e identidades múltiples (Medina y Alsina, Óp. cite).

Sin embargo, García (2013) nos señala que:

Sin duda la noción de “colectivo” representa una de las alternativas más viables en la búsqueda de esquemas y proyectos que reflejen la multiplicidad, pluralidad y diversidad (...) no cabe duda que el sentido social reflejado en dicho término, forma parte de la totalidad de cualquier ser. (p.12)

Con la excepción de un enfoque nacionalista, la colectividad se nos presenta como la solución a la constante fractura de la sociedad, proveyéndonos de un esquema donde las identidades se fortalecen y enriquecen mediante la correcta inclusión y respeto de las diferencias que hay entre ellas. A diferencia de épocas anteriores, en la actualidad la identidad colectiva no puede ser impositiva, el flujo de los grupos identitarios crece tan rápido que la pertenencia a ellos está sujeta a las libertades e intereses del individuo, quien puede en cualquier momento abandonar una identidad específica para apropiarse de otra preexistente o en formación, dentro del abanico de posibilidades que ofrezca el medio en que se encuentra. Tal como lo exponen Mercado y Hernández (2010):

En el contexto social moderno, los sujetos se identifican con los diversos grupos a los que están adscritos, en la medida que encuentren en ellos formas de participación,

donde reafirman continuamente su pertenencia y diferencias con los otros. Pero no en todos los grupos los sujetos encuentran satisfacción a sus expectativas, sus aspiraciones, ni asumen en su totalidad el complejo simbólico cultural de un grupo. En realidad, una vez que lo aceptan, lo resignifican nuevamente y continuamente de acuerdo con las condiciones sociales imperantes. Por ejemplo, un sujeto que pertenece a una familia y profesa una religión, es miembro de un club deportivo y de un partido político y labora en una escuela asumirá preferentemente el repertorio cultural del grupo que más satisfaga sus intereses. (p.238)

Esto se debe a que las identidades colectivas ya no responden como tal a un carácter objetivo, puesto que asignar una serie de elementos como rasgos culturales, no hace que necesariamente sean aceptados o interiorizados como elementos distintivos por un grupo de individuos. En otras palabras, “La identidad colectiva estaría basada, no en elementos comunes objetivos, sino en la creencia subjetiva en determinados elementos considerados como distintivos. Ni siquiera es necesaria la existencia ‘real’ de los rasgos culturales invocados como fundamento de la identidad colectiva” (Rachik, 2006:04).

Los individuos que integran una sociedad específica, determinan de manera individual los elementos que componen sus identidades, creando complejas redes identitarias, donde las conexiones que aglomeran mayor cantidad de integrantes, componen la visión de una identidad colectiva.

La identidad colectiva se presenta en forma cada vez más abstracta y universal, de tal manera que las normas, imágenes y valores ya no pueden ser adquiridas por medio de la tradición, sino por medio de la interacción comunicativa. En este sentido, es

necesario un papel activo de parte de los individuos, de eso depende que se identifiquen con su grupo.

(Habermas, como se citó en Mercado & Hernández, 2010:237)

A manera de conclusión podemos encontrar como característica dentro de las identidades colectivas un fuerte elemento subjetivo, que como vimos, desempeña un rol importante en su construcción en tanto apropiación de los elementos culturales. Sin embargo, requiere además que tales individuos confluyan en un medio conjunto, donde puedan reconocerse como un “nosotros”. Para hallar este medio desde el cual pensar la colectividad nos adentraremos –en el siguiente aparte- en el concepto de espacio, como elemento inherente a todas las formas de identidad y cultura; mediante el cual subsanar la constante fragmentación social que nos tiene sumidos en crisis.

6. Consideraciones en torno al espacio.

La idea del espacio como elemento inherente a las identidades, puede resultarnos singular, y ello se debe en gran medida a que se han tejido alrededor de él una serie de imaginarios - tanto históricos como epistemológicos- que nublan las visiones de una colectividad respetuosa de la naturaleza multicultural de las sociedades. Según Foucault (Como se citó en Delgado, 2003):

La obsesión modernista por la historia produjo una ciencia social en la que el espacio fue tratado como lo muerto, lo fijo, lo no dialéctico, lo inmóvil. El tiempo, al contrario, era la riqueza, la fecundidad, la vida y la dialéctica. (p.39)

Otros autores como García Natanael (2012a), también reconocen que dentro del pensamiento filosófico occidental, la relación espacio-tiempo ha sufrido una disección por el bisturí de la metodología dicotomista. Una separación que ha privilegiado al tiempo, al categorizarlo –supuestamente- como analítico-abstracto, “sinónimo de trascendencia, predicación exclusiva del ser humano y la conciencia” (p.138). Mientras que el espacio fue identificado despóticamente con la naturaleza y la contingencia de la realidad. De acuerdo a los planteamientos de Delgado (2003), el concepto manejado por las ciencias sociales, hasta mediados del siglo XX, referenciaba una visión obsoleta, donde el espacio era considerado un mero contenedor de elementos, paisajes e intercepciones, ajeno a ser considerado un objeto de estudio como tal –en especial dentro de la geografía-.

Pese a ello, algunos autores reconocen la importancia del espacio más allá de lo que la tradición expone en sus planteamientos. Ardao (Como se citó en García Natanael,

2012a), por ejemplo, arguye que “todos los efectos que percibimos como temporales se pueden explicar por aquellos movimientos de la tierra desde nuestra ubicación particular. Es decir, que todo movimiento se explica espacialmente y no como la ontologización del tiempo pretende” (p.138) Para ilustrar este punto plantea la situación del día y la noche, quienes no se suceden, en un acto de acontecer, uno tras otro en una determinada fracción de tiempo, sino que dependen de la percepción desde el lugar en el que nos encontremos en los movimientos de rotación y traslación de la tierra, es decir que “¡es cuestión de latitudes!” (Ardao, Óp. cite). Advirtiéndonos además, de no caer en la otra cara de la dicotomía, que consiste en una superposición del espacio o una supremacía de la espacialidad sobre la temporalidad. Ambos fenómenos deben entenderse de manera entrelazada y articulada, complementariamente.

Pero, durante gran parte la modernidad y de acuerdo a los planteamientos de García Natanael (2012b), este tipo de acción articulada o estudio profundo de la espacialidad no fue efectuado dada la carga negativa interpuesta, principalmente por las narrativas totalizadoras y homogenizantes de algunas filosofías de la historia, sobre el concepto de espacio. Lo cual responde a “una lógica monista formal/abstracta en la que se predica la exclusividad-preferencia de uno de los supuestos constituyentes como la vía más aceptable para la comprensión de lo humano” (p.03).

Para que dichas teorías lograran establecer una visión absoluta del espacio, era necesario lograr una comprensión abstracta y a la vez *a priori* del mismo. El medio para conseguirlo, era separándolo de todos los contenidos en él y así lograr una comprensión purista, independiente de toda materia, experiencia y demás formas externas a sí mismo; de la

misma manera en la que el tiempo era contemplado. Dichas condiciones sólo podían presentarse a través del paradigma de la física newtoniana, en ella:

El espacio equivale a una inmensa habitación vacía por decirlo así, que ocupamos con discreción con las cosas, que son como los objetos con que lo amueblamos. Como la habitación, el espacio nos está dado de antemano, y lo podemos ocupar o no. El espacio de Newton es, pues, absoluto, inmóvil, homogéneo, indivisible y distinto de la materia. A estas propiedades explicitadas por Newton podemos agregar que es continuo, es decir, no contiene fracturas de forma o dimensión alguna.

(Peña, Como se citó en García Natanael, 2012b:05)

De esta manera se configura, una concepción de modo siempre lineal y tridimensional de él, posible en la medida de que el espacio se configure mediante una geometría de tipo Euclidea; logrando un carácter absoluto, equiparado al tiempo y al movimiento. García Natanael (2012b:06), señala que esta visión del espacio se trata de una superficie pasiva cuya independencia en sí misma –dada a nosotros *a priori*- es factible en el sujeto Kantiano. A su vez que advierte que esta autonomía del espacio en cuanto a fenómeno físico, se priva de la experiencia del sujeto concreto, elevando la realidad a los planos de la razón pura. Como consecuencia de ello, los criterios de investigación son simplificados a tal punto que se elimina toda mediación entre el fenómeno y el investigador, creando la ilusión de que se accede al espacio de modo inmediato sin necesidad de atender a las múltiples dimensiones que la configuran.

Componiendo así la fundamentación de una espacialidad absolutista, la cual sería posteriormente atacada por los posmodernistas, post-estructuralistas, entre otros. Quienes

estipulaban que el discurso espacial no era suficiente para entender la naturaleza de los nuevos movimientos sociales -inmersos en disputas no sólo de corte clasial, sino también de género, ambiente, homosexual, étnico, etc.- dado su totalitarismo y su poca o nula sensibilidad por la diferencia (Delgado, 2003:56).

Empero, la naturaleza real del espacio discrepa en gran medida de las concepciones totalizadoras y absolutas de la física mecánica del siglo XIX, la cual quedó desvirtuada con el desarrollo del paradigma científico Einsteniano. De acuerdo a los planteamientos de García Natanael (2012b), la teoría de la relatividad representa la ruptura de la naturaleza del espacio como algo rectilíneo, uniforme e independientemente absoluto; en concordancia con lo expuesto por Einstein en *Sobre la teoría de la relatividad y otras aportaciones científicas* (Como se citó en García Natanael, 2012b):

El camino era más arduo de lo que habíamos supuesto, porque ha exigido el abandono de la geometría euclidiana; es decir, que las leyes según los cuerpos sólidos pueden estar dispuestos en el espacio no concuerdan por completo con las leyes espaciales atribuidas a los cuerpos por la geometría euclidiana. A esto nos referimos al hablar de la “curvatura del espacio”. Los conceptos fundamentales de “recta”, de “plano”, etcétera, pierden, por tanto, su significado preciso en física. En la teoría de la relatividad general la ciencia del espacio y del tiempo, o cinemática, ya no se presenta como fundamento independiente del resto de la física. El comportamiento geométrico de los cuerpos y la marcha de los relojes dependen de los campos gravitatorios, que a su vez son producidos por la materia. (p.07)

La teoría de la relatividad hundió el supuesto del espacio como un mero receptáculo, rompiendo con los supuestos epistemológicos que, según García Natanael (2012b:08), “prefiguraron de modo *a priori* la noción clásico-tradicional de la categoría de espacio como absoluto, inmóvil, homogéneo, indivisible e infinito”; contrario a ello, el universo está compuesto por curvaturas que abren múltiples posibilidades de pensar geometrías no euclidianas. Valorizando, además, la materia como elemento indispensable para la resematización del espacio y todas sus dimensiones. Y más importante aún, integrando “una dialéctica de corte materialista que depende -en todo momento- del lugar de referencia del observador y, por lo tanto, del espacio en el que se encuentre” (2012b:09).

De esta manera, espacio, tiempo, materia y sujeto, se integran en una unidad que permea las condiciones para que la multiplicidad sea posible, brindando una salida a las críticas posmodernas del espacio como lugar desde el cual pensar el multiculturalismo. De ahí que en la actualidad, de acuerdo a las observaciones de Delgado (2003), hay un creciente interés dentro de las ciencias sociales por reconocer la importancia del espacio y la espacialidad en todos los fenómenos, sistemas y procesos sociales. Al punto que “no es posible una comprensión de la sociedad sin considerar el espacio, o en versiones más refinadas, sin tener en cuenta los diferentes espacio-tiempos en que se estructura la sociedad” (p.39).

7. Espacio, identidad y colectividad.

Tal como ya lo hemos expuesto, el sentido del espacio es un elemento inherente y universal a todos los seres y por tal, su presencia en los procesos que ocurren dentro de la naturaleza es innegable; el espacio constituye uno de las características primordiales desde la cual comprender una especie. En el hombre, el sentido de él articula armónicamente las diferentes y complejas formas de entrada de datos sensoriales de muchos tipos: visual, auditivo, cenestésico, olfativo y térmico. De allí que cada uno de estos elementos desempeñe un papel trascendental en la conformación de las diferentes culturas; tal como lo expone Edward Hall (1972) en su texto *La Dimensión Oculta*, donde explora como se configuran diferentes y reconocidas culturas, mediante el uso que hacen estas del espacio donde se desenvuelven, llegando a la conclusión que personas criadas en culturas diferentes vivan en mundos sensorios diferentes.

Por esta razón, y buscando una solución a la frecuente fragmentación que heredaron las identidades de la posmodernidad, aparece el espacio como una base desde la cual pensar una identidad que coligue o integre las diferencias que se yerguen entre las demás formas de cultura. Esta pretensión, en definitiva, no es nueva dentro de las ciencias humanas. Autores como Milton Santos (como se citó en Delgado, 2003), ya habían expuesto con anterioridad la idea de que el espacio es un concreto social, con una identidad propia, producido socialmente;

No como una cosa ni como un sistema de cosas, sino como una realidad relacional - cosas y relaciones juntas- cuya realidad material no se reduce a un mero producto o

epifenómeno de una estructura económica, sino que es una de las estructuras de la sociedad y que está en evolución permanente. (p.54)

Delgado (2003), señala que en medio de esta evolución permanente, el espacio es constituido por objetos y sistemas cada vez más artificiales, que se muestran cada vez más extraños al lugar y a sus habitantes. De allí que las sociedades sean sometidas a una transformación creciente, homogénea y simultáneamente dividida. Dicha fragmentación, se evidencia en la concentración de poder en espacios hegemónicos, socialmente jerarquizados, donde aquellos que son desvinculados de los espacios modernizados, son relegados a espacios letárgicos y atrasados.

Son estos espacios atrasados, quienes por lo general se convierten en caldo de cultivo para las inseguridades que estallan en odio e intolerancia. Un vistazo a los periferias de las grandes urbes, revela graves problemas de inseguridad, violencia y demás manifestaciones de abandono, donde las diferencias son aprovechadas para acrecentar las brechas que separan a los individuos de un ideal de sociedad y bien común, para dar cabida a la búsqueda de la supervivencia personal.

Para escapar del fatalismo de una sociedad desintegrada y carente de un sentido colectivo, es pertinente que los transeúntes que circulen por las ciudades interioricen o se apropien de la identidad del espacio. Este no se remite únicamente al patrimonio ambiental o la especialidad cultural de un territorio, sino que además integra las nuevas formas de cultura que entran en juego y que para bien o para mal, generan transformaciones importantes en la realidad misma del espacio.

De acuerdo a Murillo (2008:37), la identidad del espacio, debe ser pensada con relación al territorio, entendiendo este como espacio construido, donde ocurre el encuentro de diferentes autores sociales, que buscan identificar y resolver problemáticas comunes. Y es justa esta la razón por la cual la identidad del espacio ha de hacerse desde aquí, puesto que el espacio construido, no sólo permite las relaciones sociales, sino que también le brinda al individuo la posibilidad de interactuar y aportar aquellas características que lo identifican y que a la vez lo hacen diferente, reforzando no sólo un acto de acción colectiva, sino además el fortalecimiento de un sentimiento de pertenencia y respecto de la identidad que se construye.

La naturaleza de esta (Murillo, 2008), debe contemplar el espacio no sólo como el lugar donde se dan las actividades económicas, sino también el sitio de desarrollo potencial de la vida y la cultura; abarcando otras dimensiones donde diferentes racionalidades tienen cabida para enriquecer el multiculturalismo y no ceñirse a una visión del territorio y las identidades ancladas en el trasegar histórico, sino que se configure en un proceso permanente de transformaciones, proporcionado por las relaciones sociales [a nivel local y global], donde los sujetos tienen un papel activo.

Por ello es importante que el trasegar de estos por el espacio no sea meramente accidental, es menester que el Estado reconozca en cada uno de ellos un accionar y los dote de un propósito que contribuya a proteger, valorizar y capitalizar lo que en determinado territorio se posee. El reconocimiento de las identidades ha de hacerse, no sólo para trazar fronteras que diferencien y distancien unos de otros, sino como mecanismo para determinar qué contribuciones se pueden hacer desde mis identidades a la construcción de una sociedad realmente democrática, donde la realidad sea construida desde las diferentes ópticas de los

individuos que la componen. Es papel del Estado el velar porque tales aportes sean realmente valorados y respetados; integrándolos en la toma de decisiones y ejecución de las transformaciones que ocurren en el espacio construido, a través de un interés sincero del Estado por la ciudadanía, reconociéndolos como sujetos de cambio y desarrollo y no como maquinaria electoral y consumidores autómatas de un mercado salvaje. Garantizando además que el patrimonio estatal se vea equitativamente en todas las zonas, evitando que el poder se concentre únicamente en ciertos puntos. De esta manera es como se logra un valor de lo colectivo, una pretensión que se obtiene mediante un fortalecimiento de los valores ciudadanos, la igualdad, la equidad y el respeto mutuo. Pero más importante aún es evitar a toda costa que la sociedad se sienta abandonada y ultrajada por el Estado que debería protegerlos, sólo así se reducirán los índices de violencia e intolerancia que empañan la cristalina utopía de vivir en paz.

Conclusión.

El desarrollo de la posmodernidad y la apertura de los mercados que dieron inicio a las devastaciones del capitalismo salvaje, propiciaron en los Estados la adopción de políticas estatales encaminadas al desarrollo de las economías y por ende a un incremento del capital privado. Como consecuencia de ello, las sociedades se han visto en la obligación de delimitar aún más las fronteras identitarias en un afán por sobrevivir a la homogenización de la globalización que amenaza con aplastarlos.

Sin embargo, la construcción de estas barreras ha ahondado aún más en el temor hacia lo diferente y desconocido, estallando en la forma de resentimiento, intolerancia, xenofobia y vandalismo. La situación de las sociedades actuales, revelan la alarmante realidad de civilizaciones que se matan por diferencias, que antes podrían llegar a enriquecer el caldo cultural de estas, mientras el Estado se enfrasca en proteger el capital privado, para continuar adquiriendo beneficios económicos para una minoría hegemónica.

La realidad individualista de la humanidad, amenaza con despojarnos del sentido de colectividad, que nos llevó como especie hasta la cima de la pirámide de las especies y por ende es menester no dejar que este desaparezca. Contrario a los temores que respecto a él se tejen, la colectividad como sinónimo de poder coercitivo, sólo es posible en “la paranoia imaginaria del individualismo que ve al otro como una amenaza y jamás como un compañero” (García Natanael, 2012a:145); representando una de las opciones más prometedoras en la búsqueda de esquemas y proyectos desde los cuales trabajar la multiplicidad, pluralidad y diversidad. De esta manera, la colectividad se nos presenta como una solución a la constante fractura que se evidencia en las sociedades. En tanto que

en ella las identidades se fortalecen y enriquecen en los flujos de intercambio cultural, mediados por el respeto.

Como vimos, la colectividad puede ser pensada desde diferentes enfoques, pero contemplada desde el espacio construido, podemos apelar no sólo a una colectividad en la búsqueda de una menor comunidad, sino también a un desarrollo individual donde las diferencias son importantes para la construcción de visiones de una realidad más nutrida y preparada para las adversidades. Todo esto, tras hondear en la concepción tradicional del espacio y librarlo de los estigmas que erróneamente le habían sido adjudicados.

Llegando así al punto que queríamos demostrar. La solución a la crisis que vivimos en las sociedades, subyace en el fortalecimiento de la colectividad, mediante una adecuada integración de las diferencias inherentes a todas las formas de identidad, para lograr el objetivo en común de preservar, valorizar y cuidar el espacio que todos construimos como nación; bajo la correcta dirección de un Estado preocupado por mantener buenas relaciones entre sus dirigentes y los individuos que constituyen su verdadero patrimonio, el pueblo.

Lista de referencias.

- Alsina M. & Medina P. (2006). Posmodernidad Y Crisis De Identidad. En: *Revista Científica de información y comunicación*. Número 3. (125-146)
- Ander-Egg E. (Abril de 2005). El proceso de globalización en lo cultural. En: J. Mac Gregor (Director), *Cuaderno 13: Gestión cultural, Planta viva de crecimiento, Tercer Encuentro Internacional de Promotores y Gestores Culturales con el título Desarrollo Cultural: del pluralismo cultural a la Interculturalidad*, Guadalajara, México. (142-162)
- Delgado O. (2003). Geografía, espacio y teoría social. En Delgado O. (Dir.) *Debates sobre el espacio en la geografía contemporánea*. Universidad Nacional de Colombia. Unibiblos, Bogotá.
- Engels F. (1891). *El Origen De La Familia, La Propiedad Privada Y El Estado*. Bogotá, Colombia. Ediciones Anteo.
- García Natanael. (2012a). Crítica al desarrollismo, desde una filosofía política para nuestra América. (Tesis de maestría no publicada). Universidad nacional autónoma de México. México D.F.
- _____. (2012b). La multiplicidad de espacios como condición del poder dialéctico para nuestra América. (Tesis de maestría no publicada). Universidad Nacional Autónoma de México. México D.F.
- _____. (Junio, 2013). Testimonios colectivos. Consideraciones dialectico-políticas desde las subjetividades emergentes. En: Puello R. (Coord.) *Seminario internacional intersticios del pensar: reencuentro entre la filosofía y la historia*. Seminario llevado a cabo en la Facultad De Ciencias Humanas de la Universidad de Cartagena. Cartagena, Colombia.

- Geremek B. (2002). Transición hacia la democracia e intolerancia. En Molina O. (Dir.), *La Intolerancia* (123-127). Barcelona, España. Ediciones Granica S.A
- Gutiérrez D. (2007). La posmodernidad de Lyotard explicada a los posmodernos. *El Colegio Mexiquense*, A.C. (03-26) Recuperado de http://fido.palermo.edu/servicios_dyc/blog/docentes/trabajos/6504_15755.pdf
- Hall, E. (1972). *La Dimensión Oculta*. México: siglo XXI.
- Hall S. (2007). ¿Quién necesita 'identidad'? En S. Hall & P. Dugay (Comp.), *Cuestiones de identidad cultural* (13-39). Buenos Aires, Argentina. Editorial Paidós.
- Heller A. (Julio - Agosto 1988). Los Movimientos Culturales Como Vehículo De Cambio. En: *Revista Nueva Sociedad* N° 96. (39-49)
- Leonel F. (Diciembre de 2006). De Otra manera de ser: Entre lo público del espacio y la formación de una nueva ciudadanía democrática. (Una aproximación al interior de la alteridad como condición fundante de nuevas prácticas participativas). En *Revista Nodo* N°1(1). (63-79).
- Lorenzano S. (2009). Posmodernidad. En Szurmuk M., Y Mckee R. (Ed.), *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos* (228-234). México D.F, México. Editorial XXI. S.A.
- Martin Barbero. J. (Mayo de 2013). Mutación cultural en la tecnología y transformaciones de la sociedad. *Revista Unicarta*, N° 112, (05-19)
- _____. (22-27 de abril 2002). La Globalización En Clave Cultural: Una Mirada Latinoamericana. Martin Barbero J. (Presidencia) En *2001 Efectos del globalismo y Pluralismo*. Llevado a cabo en el Colloque international Montreal. Montreal, Canadá. (03-26)

- Mercado A. & Hernández A. (Mayo - Agosto, 2010). El proceso de construcción de la identidad colectiva. En: *Revista Convergencia*, Vol. 17, Núm. 53 (229-251)
- Molero R. (2011). ¿Por qué ahora son los estados los que están en crisis? En Medialdea B. (Coord.), *Quiénes son los mercados y cómo nos gobiernan: once respuestas para entender la crisis* (43-48). Barcelona, España. Icaria editorial, s. a.
- Murillo F. (2008) La identidad cultural del territorio como base de una estrategia de desarrollo sostenible. *Revista Opera* N.7, (35-54)
- Rachik H. (2006). Identidad dura e identidad blanda. En *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, núm. 73-74. (9-20)
- Restrepo E. (2012). *Intervenciones en teoría cultural*. Popayán, Colombia. Editorial Universidad Del Cauca.
- Rivera C. & Solórzano N. (2009). Identidad. En Szurmuk M., Y Mckee R. (Ed.), *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos* (140-146). México D.F, México. Editorial XXI. S.A.